

consonantes (lo que se llama *larga por posición*). Como el acento latino se ha conservado en romance en la misma posición que tenía en latín, toda vocal penúltima ante dos consonantes, es la tónica. Pero además debemos considerar la otra variable: en la mayoría de las lenguas romances han evolucionado de manera diferente las vocales tónicas largas y las breves. En definitiva, aunque cantidad y acento van bastante ligados, dado que una breve ante dos consonantes podía llevar también el acento en la penúltima sílaba, conviene tener siempre presente que se trata de dos variables, al menos si nos referimos a los estudios románicos. Otros problemas relacionados con esta cuestión se estudian en la gramática histórica.

II. EL TRÁNSITO DEL ESPAÑOL MEDIEVAL AL MODERNO: REAJUSTE FONOLÓGICO

1. Tras unos siglos iniciales, en los que los tanteos por adecuar la ortografía a la pronunciación de sonidos nuevos que no existían en latín parecen indicar que los escribas se regían por reglas anárquicas, podemos percibir a finales del siglo XII y principios del XIII cómo va surgiendo la norma castellana que se impondrá hasta el siglo XVI. Para que se generalizara esta norma ninguna disposición legal fue necesaria. El influjo decisivo de la chancillería real, modelo para muchos notarios ciudadanos, el auge de la cultura clerical con las escuelas catedralicias, la importancia definitiva de las ciudades frente a los núcleos rurales monásticos, propagaron una norma lingüística, lejos de la unidad, pero relativamente coherente. Vamos a examinarla en sus aspectos gráficos, fonéticos y fonológicos, los mejor estudiados. Sin duda ninguna, también se fue imponiendo una norma en los niveles morfológicos y sintácticos pero, en general, se han estudiado menos estos aspectos.

Hay que señalar, en primer lugar, que el *sistema fonológico y gráfico vocálico* castellano era ya desde el XIII prácticamente semejante al actual. Algunas realizaciones de diptongos o hiatos eran la única diferencia. La distribución de los fonemas vocálicos en la cadena hablada tampoco era la misma que la de ahora. Pero esto no vamos a tenerlo en cuenta, pues es una característica común de todos los fonemas de entonces. Sobre el sistema gráfico de las vocales solamente debemos poner de relieve dos hechos que han llegado hasta el siglo XVIII. El signo *u*, hoy únicamente vocálico, se utilizaba también para representar la consonante *v*. No aparecía solamente en posición intervocálica con valor consonántico, sino en posición implosiva e inicial: *uino*, *deuda* (que alternaba, por ejemplo con *debda*) y *amaua*. Aunque los editores modernos suelen facilitar la lectura distinguiendo en los textos medievales *v* con valor consonántico y *u* con valor vocálico, a veces es posible confundirse. ¿Deberíamos leer el anterior ejemplo *deuda* como [dɛ̃ɰda] o como [dɛ̃bda]?

En la serie palatal la vocal *i* presentaba los mismos inconvenientes gráficos. Para la vocal se utilizaban los signos *i*, *j*, *y*. Con valor consonántico se utilizaban *y* por un lado y *j*, *i* por otro. La alternancia en las vocales dependía un poco de escribas y tipos de letras. Un resto

actual de tal sistema gráfico lo tenemos en nuestra copulativa, escrita *y*.

2. Todo lo que tratemos a continuación se refiere al consonantismo. En el cuadro siguiente pueden comprobarse fácilmente las consonantes con las que, con toda probabilidad, contaba el castellano medieval. Más adelante haremos algunas precisiones. Ahora solamente subrayamos que los signos encerrados en círculo nos muestran los fonemas que se han perdido en el español moderno culto. Los encerrados en un cuadro son los nuevos en el español moderno. Advertimos que no todos los sonidos del cuadro, como luego veremos, tenían capacidad distintiva.

CONSONANTES CASTELLANAS MEDIEVALES

Oclusivas	p b			t d			k g			sorda sonora
Fricativas	ɸ	f v	θ	ç	s z	ʃ ʒ	y	x ç	h	sorda sonora
Africadas				ʃ ʒ		ç				sorda sonora
Vibrantes						r r̄				múltiple simple
Laterales					l	ʎ				sorda sonora
Nasales	m				n	ɲ				sorda sonora
	Bilabiales	Labiodentales	Interdentales	Dentales	Alveolares	Prepalatales	Mediopalatales	Velares	Uvulares	Aspirada faríngea

Aunque los sonidos de nueva creación o los perdidos son los que más tinta han hecho correr, los otros no dejan de plantear problemas, si bien de alcance más limitado. Vamos a examinar primero los sonidos que el castellano medieval comparte con el español moderno. Advertiremos si son fonemas además, i.e., si tienen capacidad distintiva, y trataremos sobre todo de los problemas de su grafía, pues, en realidad, gran parte de las dificultades que presentan son de fijación gráfica. En el siglo XIV la mayoría de estos sonidos se suelen escribir ya como hoy en día, con escasas vacilaciones.

A) En la Edad Media [p], [t] y [k] eran sonidos que servían para distinguir parejas de significados. Tenían por tanto capacidad distintiva;

eran fonemas como ahora. Se escribían respectivamente *p*, *t* y *c* ante *a*, *o*, *u*. El sonido [k] se escribía también *qu* ante *e*, *i*. A veces ante [wá] se escribía también *q*, por razones etimológicas, como *quatro*, aunque alternaba con *c* la grafía *q*. Ahora bien, por grafía cultista (presión del sistema gráfico latino en la educación del escriba) *qu* podía aparecer ante *a*, *o*, sin que se pronunciara, probablemente, el *wau*. Así, existen ejemplos como *nunqua* o *propinquo* (al lado de *probinco*) 'pariente', 'vecino'.

Era frecuente que aparecieran grafías latinizantes geminadas de todos estos sonidos, *prometto*, *accusado*... Tampoco era infrecuente que se escribieran en palabras cultas o extranjerismos grafías tipo *th*, *ch*. Alternaban en las mismas palabras y en el mismo contexto con las grafías anteriores, por lo que se referían, indudablemente, al mismo sonido. Tenemos ejemplos de *marcos-marchos*, *matar-mathar*...

B) Existía una grafía *b* y una grafía *v*. En posición inicial aparecían con frecuencia confundidas. En posición intervocálica se distinguen en el sistema gráfico con bastante frecuencia los resultados de la *-v-* y *-b-* latinas, que se representan con *-v-*, de los resultados de la *-p-* latina que se representan por *-b-*. Ello significa que, quizá, había diferencia entre un sonido fricativo [-β] y uno oclusivo [-b]. Si el fricativo se pronunciaba como [v] o como [β] es discutible. De todas maneras, un sistema fonológico de este tipo era muy inestable. Pronto aparecen confusiones, cada vez más numerosas a medida que nos acercamos al XVI. Sobre las grafías *-d-* y *-g-*, en las que a veces se confunden resultados de *-t-* y *-d-* latinas o de *c-* ante *a*, *o*, *u*, y *-g-* ante *a*, *o*, *u*, puede aventurarse si servían para representar indistintamente un sonido fricativo y uno oclusivo, como sucedía con *vy* *b*, o no. En el siglo XVI eran ya, sin duda, /b/, /d/ y /g/ tres fonemas que disponían de dos variantes combinatorias: una fricativa, [β], [ð] y [g], intervocálica, y otra, tras nasal o tras pausa, oclusiva, [b], [d] y [g].

C) Existían, como ahora, en la Edad Media una nasal alveolar y otra palatal, que en interior de palabra se escribían *-n-* y *-nn-*, fonéticamente [n] y [ɲ]. En posición implosiva, y por tanto en final de palabra, se neutralizaban. En posición inicial el castellano tampoco admitía [ɲ] y, desde luego, la grafía [nn-] era inútil.

La misma situación refleja la oposición en contextos intervocálicos de *r-* y *-rr-* gráficamente, que fonéticamente equivalían a [r] y [r̄]. Como las nasales antes aludidas, en posición inicial o final no se oponían. En inicial aparecía siempre una *r* con valor múltiple, y en final una *r* con valor simple.

Parecido sistema se utilizaba para la oposición *-l-*, fonéticamente [l], lateral alveolar, y la *-ll-*, fonéticamente [ʎ], lateral palatal. Solían oponerse en posición intervocálica. No se oponían en posición final de sílaba, y en posición inicial se oponían también en castellano, pero, por el tipo

de sistema gráfico empleado, aparecían errores de grafía con frecuencia. Este tipo de grafía y oposición fonológica se ha seguido manteniendo hasta nuestros días, excepto en el caso de la *-nn-*, para la que se utiliza ahora la abreviatura que utilizaban los escribas medievales: *ñ*. No tenemos nada especial que advertir, sino las pronunciaciones de [j] como [y], que en algún caso han producido confusiones y que están atestiguadas desde el siglo XIII en algunos puntos peninsulares.

La *m* se utilizaba para la nasal labial como ahora: [m].

Así, por ejemplo, *rey, perro/pero, aver*, era el sistema gráfico normal, con algún problema como *ribera-arribar*, donde podían aparecer *aribar*, o *Enrique*, donde podía escribirse *Enrique*. Los problemas no eran mayores. Con las nasales sucedía lo mismo: *noche, canno/cano, can* eran las grafías normales. La utilización de *n-m* ante bilabiales la analizamos en nuestro comentario sobre el *Cid* más adelante, pero no planteaba ningún problema fonético. Algunas posibles confusiones en posición intervocálica debemos resolverlas acudiendo a la etimología. Una palabra como *senor* nos remite, porque procede de *-nj-* latino, al resultado *senor*, resultado confirmado por la actual pronunciación.

Las grafías de las laterales planteaban los mismos problemas: en posición final *mill ~ mil* sólo señalaba una manera de escribir. Intervocálica, la oposición fonológica entre *calla/cala; malla/mala* era normal. Algún caso de *-l-* procedente de *-ll-* latina, que hoy pronunciamos [j], podía ser un cultismo y señalar una pronunciación geminada. Pero, en general, serán problemas o errores gráficos. Si los tres sistemas que hemos visto tenían una doble grafía en posición intervocálica y una grafía simple en posición inicial y final, no debe extrañarnos que con la [l-] se produjeran tantos errores, aunque en castellano se distinguía, entonces como hoy, una [l-], ortografía *l-* de una [j-], ortografía *ll-*: *lana/llana*.

D) El sonido que en la Edad Media se representaba por *f* ha continuado de diversos modos en el español moderno. En primer lugar, las pronunciaciones cultas que mantenían la pronunciación labiodental sorda [f] han continuado en muchas palabras y en varios dialectos: aragonés y leonés occidental. En segundo lugar, en castellano, en el gran número de palabras donde se aspiraba durante la Edad Media, aunque se escribiera con *f* o con *h-*, la aspiración ha pasado a *ø*.

En tercer lugar, en zonas como Andalucía y oriente de Asturias, donde se conservaba la aspiración medieval, se ha generalizado la aspiración a toda *f-* y toda *h-*. Por supuesto, en el nivel culto, la [f-] se representa como tal donde se ha conservado y por *h-* en las palabras en que de aspirada pasó a *ø*.

Así, por ejemplo, del latín *föllicare* deriva el castellano medieval *folgar*, moderno *holgar*. Dialectalmente conservamos hoy pronuncia-

ciones con *f-*, *folganza*. En Andalucía, con la aspiración conservada, y el trueque de la [l] implosiva por [r], típico del andaluz, se pronunció el postverbal *huelga* con aspiración, y hoy se mantiene con otro significado: *juerga*.

3. Varias cuestiones tenemos que examinar en los sonidos del castellano medieval que se perdieron en el español moderno: qué clase de sonidos eran, si eran fonemas, qué grafías los representaban, qué cronología siguieron en su desaparición.

Por la descripción que de estos sonidos intentan hacer los gramáticos del siglo XVI y XVII, por la pronunciación que de algunos de ellos todavía encontramos en zonas dialectales, leonés, judeo-español, etc., por la adaptación de sonidos árabes al castellano medieval o por la adaptación de sonidos castellanos a otras lenguas, quechua, francés, etc., por la procedencia latina y la pronunciación actual y, además, por la propia estructura del sistema gráfico, podemos determinar lo siguiente:

A) El sonido medieval [š] se transcribía con la *x*. Procedía etimológicamente, sobre todo, de toda una serie de arabismos y de la *x* latina. Debía pronunciarse como el correspondiente sonido actual catalán o asturiano (*xarxa* 'red' o *Xuan*) o como la grafía del inglés contemporáneo *sh* en *ship* 'barco'. Era una fricativa prepalatal sorda.

El sonido medieval [ž] se escribía con la *g*, ante *e*, *i* o con la *j* ante *a*, *o*, *u*, *i*, *e*. En este último caso la alternancia *j ~ i* era muy frecuente. Como grafías arcaicas se pueden encontrar en algún texto casos de *ga*, *go*, con valor de *ja, jo*. Etimológicamente procedía de una serie de contextos latinos variados, ya señalados, y se pronunciaba como la *j* moderna portuguesa de *janeiro* o la catalana de *Jordi*. Era una prepalatal fricativa sonora, en ocasiones africada. Pero se impuso, sin duda, y generalizó la pronunciación fricativa [ž] en vez de la africada.

Tanto [š] como [ž] eran claramente fonemas, pues podemos encontrar multitud de palabras en las que se oponen con valor distintivo a otras consonantes: *dexante/delante; engeño/empeño*. Lo que costará más trabajo es encontrar una pareja mínima en la que se opongan *X/J*; i.e., los fonemas [š] y [ž] se oponían entre sí en pocas ocasiones (su rendimiento fonológico era bajo): *fixo* 'fijo' / *fijo* 'hijo'.

B) El sonido medieval [s] se escribía como [s-] en inicial de palabra o en posición implosiva y [-ss-] en posición intervocálica. Era una fricativa sorda ápico-alveolar. En español moderno ha continuado. En la Edad Media existía también el sonido [z] que se escribía con una [-s-] en posición intervocálica, y era fricativa sonora ápico-alveolar. No solamente estamos en presencia de dos sonidos, sino de dos fonemas. Entre sí pueden oponerse y son capaces de diferenciar parejas mínimas. Así, en la Edad Media se diferenciaban *espeso* 'gastado' de *espesso* 'espeso'; *oso* (del verbo *osar*) de *osso* (animal); *condesa* 'ahorra' de *condessa* (título)...

La [s] intervocálica procedía de los contextos latinos siguientes: -rs-, -ps- y -ss-.

La [z] intervocálica procedía de los siguientes contextos: -s- y -ns-.

En posición inicial o implosiva se neutralizaban. Ahora en español moderno existe [z] ante consonante sonora como variante combinatoria de la [s].

C) El sonido medieval [ʃ] se escribía con *c* o *ç* ante *e*, *i* y con *ç* ante *a*, *o*, *u*. Como grafías arcaicas pueden considerarse algunos casos de *c* ante *a*, *o*, *u* con evidente valor de [ʃ] a juzgar por la etimología, o como erratas por *ç*. Era una africada sorda. Procedía etimológicamente de varios contextos, muy discutidos, como hemos podido comprobar en nuestro manual.

El sonido medieval [ʒ] se escribía con *z* ante *a*, *e*, *i*, *o*, *u*. Era una africada sonora. Su procedencia etimológica ha sido también bastante discutida. Tanto un sonido como otro tenían capacidad diferenciadora y eran fonemas. Pero, como en el caso de *x/g* [ʃ]/[ʒ], es difícil hallar una pareja de palabras cuyo significado sean capaces de diferenciar, oponiéndose entre sí, los sonidos [ʃ] y [ʒ].

En el castellano medieval, por tanto, existían tres parejas de sonidos consonánticos, dos fricativas y una africada, que se oponían, en teoría, entre sí por el rasgo de sonoridad. Está claro que frente al resto de los fonemas funcionaban también como fonemas pues tenían plena capacidad distintiva. Está también claro que las fricativas áptico-alveolares sorda y sonora [s] y [z] eran capaces de diferenciar algunas palabras. Se oponían entre sí, pero entonces la capacidad para diferenciar significados era muy escasa. Las otras dos parejas se oponían entre sí en menos ocasiones todavía. Por tanto, su rendimiento era escasísimo. Como todas las parejas se neutralizaban en posición implosiva y, además, [s] y [z] en posición inicial, y como se producían trueques entre [s] ~ [ʃ] ~ [ʃ-], no es de extrañar que a veces se produjeran confusiones gráficas.

4. La aparición de un nuevo sonido en el español moderno, la fricativa interdental sorda [θ], exige una explicación. Va ligada a la pérdida de los sonidos medievales [z] y [ʃ] - [ʒ]. Se relaciona, también, con rasgos característicos del andaluz y del judeo-español.

4.1. En el siglo xv, como ya hemos señalado, a pesar de las faltas gráficas, algunas debidas a los copistas y otras a los propios editores modernos, había dos parejas de sonidos relativamente cercanos:

- una pareja dental, africada, sorda y sonora: [ʃ] - [ʒ] (grafía -ç-, -z-);
- una pareja áptico-alveolar, fricativa, sorda y sonora: [s] - [z] (-ss- y -s-).

En las lenguas románicas occidentales se produjo un reajuste. Así, en francés, portugués, catalán y provenzal, se perdió la diferencia entre africada y fricativa y se confundieron en una pareja (sorda y sonora) de

fricativas ([s] - [z], lo que normalmente se llama *ese sorda* y *ese sonora*). En castellano se produjeron también una serie de reajustes:

A) Tenemos ciertas noticias sobre confusiones y trueques entre sordas y sonoras desde finales del xv. Primero se produjeron en posición final de palabra, luego en implosiva y, por fin, en posición intervocálica. Por tanto, sucedía lo siguiente: [ʃ] invadía el terreno de [ʒ] y [s] el de [z].

B) Además, en el xvi empieza a perderse la pronunciación africada de la pareja [ʃ] - [ʒ]. Se diferencian ahora de la otra pareja [s] - [z] por el punto de articulación: [ʃ] - [ʒ] son dentales y [s] - [z] ápico alveolares. Durante el siglo xvi, empieza el proceso, y en el xvii tenemos ya ejemplos suficientes de que hay dos sonidos: uno dental fricativo sordo, de timbre ciceante, parecido a la moderna [θ] y otro ápico-alveolar fricativo sordo, [s]. Esta diferencia ya está perfectamente establecida en el siglo xviii.

C) Por tanto, en el español moderno se han cumplido a la vez tres procesos:

- empieza a desaparecer la distinción *sorda/sonora* en las parejas señaladas.
- empieza a desaparecer la distinción *africada/fricativa* en la pareja señalada.
- adquiere la dental fricativa el punto interdental característico: [θ]. Esto durante el xvii y hasta el xviii.

4.2. El proceso cumplido en el castellano hasta el español moderno no se realizó de igual manera en todos los dialectos. En el judeo-español se cumplió como en el resto de las lenguas románicas. En el andaluz, de una manera totalmente diferente. Vamos a exponerlo brevemente.

Las etapas del andaluz podemos resumirlas y simplificarlas así:

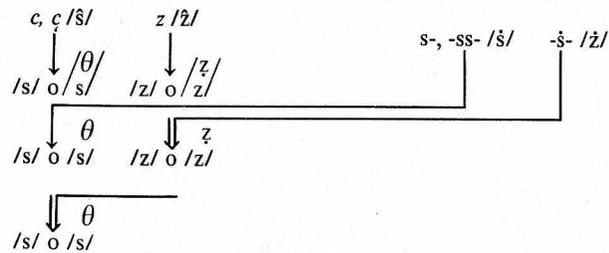
a) En un primer momento surgen, como en el castellano y por influjo suyo —probablemente—, confusiones entre las sordas y sonoras de ambas parejas.

b) Cuando se pierde la distinción fricativa/africada, no puede el andaluz mantener la distinción entre sonidos ápico-alveolares y sonidos dentales, porque la [s] en Andalucía no era *ápico-alveolar* sino *predorsal* o *coronal plana*. Durante bastante tiempo, siglo xvi y parte del xvii, se alude a la pronunciación andaluza como *ciceo* o *siseo*. Se intenta señalar un sonido único que por referencia a la *fricativa dental* suena al principio como ciceante y después como seseante. Cuando el nuevo sonido castellano se fija en la [θ], se polarizarán las soluciones andaluzas.

c) En un tercer momento, siglos xvii-xviii, en varias zonas andaluzas se decanta la pronunciación de su ambiguo sonido (una *s* predorsal o coronal muy tensa) hacia los extremos, para intentar

diferenciarla o acercarla a ellos: así se producen las zonas de *ceceo* y de *seseo*, cuando ya están como referencias falsas las meras relaciones castellanas [θ]/[s].

Esquemáticamente, según lo ha expuesto R. Lapesa, comprendemos perfectamente el cambio:



5. Como en otra serie fonemas que hemos examinado, también la pareja [š] y [ž] se confundieron, perdiendo la oposición de sorda/sonora. Después, el sonido [š] empezó a confundirse con algunas aspiraciones (tenemos ejemplos de algunos casos escritos con *h*) y, por fin, se velarizó.

La primera etapa, confusión de las sordas y sonoras, debió de empezar a finales del siglo XV y se incrementó notablemente en el siglo XVI. Significa esto que las grafías *x*, *j* y *g* ante *e*, *i* se confundieron notablemente. Desde la sorda [š] no está tan clara la razón del paso a la fricativa velar moderna [x]. A principios del XVII ya se refleja perfectamente la lucha entre los dos sonidos en los autores, quizá por influjo cortesano, pero no triunfaría, al menos plenamente, hasta finales del XVII o principios del XVIII. A pesar del nuevo sonido, muchos nombres siguieron con la grafía antigua *x* como el nombre de *México*, que nunca se pronunció [méksiko], sino [méšiko] y después [mélixo].

Final: Por tanto, entre el XVI y el XVII, el castellano, al pasar al español moderno, perdió toda una serie de consonantes sonoras [ž], [ž], [z] y transformó el punto y modo de una consonante, [š] → [θ], y el punto de otra: [š] → [x].

Se produjo una fractura con el andaluz, porque éste confundió los cuatro sonidos medievales en uno solo [s] o [θ], según las zonas. En muchos casos aspiró la *f*- y confundió el nuevo sonido aspirado y la [x] en una única aspiración.

Acabemos haciendo hincapié en otro hecho: en ocasiones la consonante medieval [y], que se ha conservado, bien porque había dobles formas en castellano medieval, bien porque la forma castellana fuera la que no tenía [y], encontramos ejemplos de [y] medieval como [x] moderna. Ej. *yente* → *gente* [xénte].

III. COMENTARIOS DE TEXTO

INTRODUCCIÓN

La técnica del *comentario de texto* es una actividad habitual en la pedagogía académica. Con ella, muchas veces, se suelen practicar las reglas previamente estudiadas. En otras ocasiones el comentario es un instrumento para que el alumno descubra por sí mismo unas reglas manipulando el texto. Pero, además del sentido pedagógico escolar, el comentario textual nos resume el método tradicional de la filología: la aplicación de la crítica para descubrir los posibles significados ocultos, o los menos transparentes, de un texto determinado.

Está fuera de toda duda que para acercarse a un texto antiguo se necesitan unas técnicas específicas. La gramática histórico-comparativa proporcionó a los filólogos herramientas fundamentales para sus tareas. Los buenos editores de textos antiguos, clásicos greco-latinos y, luego, medievales, solían cultivar asiduamente las lenguas sabias, latín —sobre todo— y griego, estaban más o menos familiarizados con las cuestiones históricas y, los mejores desde el XVII, dominaban muchos aspectos de la paleografía. Esta última ciencia es la que va a empujar las ediciones en el siglo XVIII.¹ Ahora bien, los límites de las técnicas paleográficas, ahora que disponemos de una teoría de la información, son evidentes. Cada vez que aparecía una perturbación en el canal de la transmisión, algo muy normal en los manuscritos, manchas, agujeros de carcomas, letras difuminadas por el tiempo, etc., con la sola aplicación de la técnica paleográfica los ruidos, utilizamos la terminología de la teoría de la comunicación, eran difícilmente superados. Los primeros editores de nuestros textos medievales, Tomás Antonio Sánchez, Florencio Janer, etc., en caso de duda podían elegir entre lecturas disparatadas. Otras veces las lecturas dependían del grado de familiaridad lingüística con el texto. Así, un editor clásico del *Cid*, con una obra meritoria, Lidforss, podía leer *ya vedes*, donde Menéndez

1. Puede comprenderse perfectamente este clima, el interés que despierta la paleografía, la importancia que se concede a las colecciones de documentos bien copiados, etc... en el Epistolario de Gregorio Mayans y Siscar y Burriel, edición de Antonio Mestre, Valencia, 1972.